



ENTREVISTA | STEVE LEVITSKY

“Las elecciones en Estados Unidos serán una moneda al aire”

por **Boris Muñoz**

Joe Biden estaba retirado de la vida pública después de más de cuarenta años como senador, exitoso vicepresidente y frustrado candidato presidencial por el Partido Demócrata cuando leyó *Cómo mueren las democracias*, el libro entonces recién publicado de los politólogos de la Universidad de Harvard Steve Levitsky y Daniel Ziblatt. La lectura lo sacudió y lo obligó a volver al ruedo político con la convicción de un cruzado: si Trump no era derrotado destruiría la democracia estadounidense.

La historia reciente solo ha probado cuán acertada era la corazonada de Biden. Pero, tres años después de la insurrección del 6 de enero, la misión de detener a Trump no ha concluido. El expresidente felón continúa libre y tiene buenas perspectivas de volver a la Casa Blanca. Parte de lo que hace posible un gran regreso de Trump es un sistema político que permite que hoy una menguante minoría blanca

atrincherada en el Partido Republicano tenga un poder desproporcionado e impida que Estados Unidos se transforme en una democracia que refleje su diversidad étnica y racial, una democracia multirracial. ¿Cómo se formó ese sistema político, cuáles han sido sus consecuencias y cómo arreglarlo? Esos son los temas que exploran Levitsky y Ziblatt en *Tyranny of the minority*, un apasionante libro de análisis histórico y político recién publicado que también aspira a ser un mapa de ruta para sacar de la crisis a una de las democracias paradigmáticas de Occidente.

A mediados de diciembre conversé con Steve Levitsky, no solo un experto mundial en tensiones entre democracia y autoritarismo, sino uno de los más perspicaces investigadores de los procesos políticos latinoamericanos.

La premisa de *Tyranny of the minority* es que Estados Unidos ha

dado pasos hacia una democracia multirracial. Se trata de un avance dispar e incompleto que ha provocado una fuerte reacción entre sectores conservadores y ultraconservadores del país acaudillados por Trump. Al apoyar las aventuras de Trump, los republicanos han violado una regla básica del juego democrático: “la democracia es un sistema en el cual los partidos pierden elecciones”, como dice Adam Przeworski. ¿Cómo se llegó a este punto y por qué se han radicalizado de esta manera los republicanos?

Es importante recordar que casi todos los esfuerzos para llevar la democracia en una dirección más inclusiva generan reacciones en contra. Algunas veces esas reacciones son solo conservadoras y otras son autoritarias. No es raro que los movimientos de inclusión generen este tipo de reacciones en contra. Es igualmente necesario recordar que Estados Unidos está en una frontera en su transición hacia la democracia multirracial, porque la democracia multirracial no se ha practicado en muchos lugares del mundo. Somos la primera sociedad democrática en la historia del mundo en que un grupo étnico dominante, como lo ha sido la mayoría blanca, pierde su superioridad numérica y su estatus preponderante en la sociedad. Este desafío está presente también en Europa occidental, pero se desarrolla más lentamente. Es una gran amenaza para el grupo étnico dominante. Una encuesta de 2021, auspiciada por el American Enterprise Institute, reveló que el 56% de los republicanos concuerdan con la afirmación de que el estilo de vida estadounidense está desapareciendo tan rápido que podríamos necesitar usar la fuerza para prevenirlo. Eso es radicalización.

¿Es verdad que hay un cambio acelerado en la sociedad estadounidense?

Es verdad hasta cierto punto. En Estados Unidos, durante dos siglos hemos tenido una jerarquía racial y política estable: todos los presidentes, vicepresidentes, líderes en el Congreso, gobernadores, directores de empresa y presentadores de telediario fueron hombres blancos. Esa jerarquía ha sido seriamente cuestionada en los últimos cincuenta años, un proceso gradual que solo se ha sentido de manera cabal en el siglo XXI. El número de afroamericanos y latinos (no blancos) en el Congreso en los últimos cuarenta años, desde que yo era adolescente, se ha cuadruplicado. El porcentaje de miembros afroamericanos en el Congreso es por primera vez en la historia igual al porcentaje de la población afroamericana en la sociedad estadounidense. Es una evidencia de que esta es una democracia multirracial, de que se están erosionando las jerarquías raciales en toda la sociedad. Se ve también en los medios y las universidades, donde se cuestionan las narrativas tradicionales de la historia estadounidense que restaban importancia o ignoraban nuestro pasado racista. Y también en movimientos sociales como Black Lives Matter, que impugnan esos dos siglos de jerarquías raciales. Así que si se asocia el estilo de vida tradicional de Estados Unidos con esas jerarquías raciales, en las cuales los blancos cristianos están en la cima de la pirámide institucional, hay que decir que sí, hay un orden que está siendo amenazado y se está viniendo abajo. Sin embargo, otros elementos cruciales de la sociedad estadounidense, como el sistema económico capitalista, la propiedad privada, el derecho de enviar a nuestros hijos a las escuelas que queramos, no están amenazados.

¿Cree que la presidencia de Barack Obama tuvo un efecto disparador en esta onda de radicalización?

Ya estaba en marcha antes de que él llegara, pero que Obama ganara la presidencia fue sintomático

del proceso de construcción de una democracia multirracial, aunque no llegáramos a ella plenamente. Hay evidencia en investigaciones de ciencias sociales de que la presencia de una familia afroamericana en la Casa Blanca durante ocho años provocó una respuesta reaccionaria. El movimiento *birthers* es una clara expresión de racismo. Aunque el Tea Party, que emergió en cuanto Obama asumió la presidencia, fue visto inicialmente como un movimiento contra los impuestos, las investigaciones demuestran que el otro factor principal asociado con la pertenencia al Tea Party es el odio a Obama. Y la base política de Trump se construyó a partir del Tea Party.

La minoría a la que se refiere su libro es una minoría específica: los blancos cristianos y extremistas movilizados por Donald Trump, un líder populista y demagogo, quien, por cierto, nunca ha ganado el voto popular. Esa minoría dice representar a los verdaderos patriotas que salvarán a Estados Unidos de las garras del socialismo. El discurso no es nuevo, pero se ha expandido en los últimos quince años en manos de una minoría violentamente antidemocrática.

Por primera vez en la historia, la mayoría de los estadounidenses apoya los ideales de una democracia multirracial. Esos principios son dos. Primero, la tolerancia hacia la diversidad: la idea de que queremos vivir en una sociedad diversa. Y, segundo, la igualdad racial: la creencia de que el Estado debe tratar a todos los ciudadanos por igual. Parecen cosas muy simples, pero un análisis histórico de las encuestas demostrará que incluso en los noventa el apoyo a esos principios no era mayoritario. Ni Trump, ni el trumpismo o los MAGA han tenido nunca el apoyo de la mayoría de los estadounidenses. Pero tienen varias ventajas. Por ejemplo, son el grupo

étnico fundador de Estados Unidos. Los estadounidenses, casi automáticamente, piensan en un hombre blanco cristiano como el típico estadounidense, pero una mujer latina de Los Ángeles es tan estadounidense como el hombre que encuentras en una cafetería de Ohio. Cuando *The New York Times* quiere saber qué pasa en “América”, va a esa cafetería en Ohio y da un tratamiento privilegiado a ese personaje, como si fuera más representativo que el resto de nosotros. Otra ventaja es que los adultos mayores de raza blanca suelen votar mucho y vivir en zonas no urbanas, mientras la mayoría joven multirracial suele votar poco y concentrarse en las urbes. Una tercera ventaja es que las instituciones favorecen a las minorías trumpistas, tema que desarrollamos en la segunda parte de *Tyranny of the minority*.

En el libro se propone una serie de medidas para corregir ese desequilibrio institucional que ha devenido parte integral del tejido político de esta sociedad. ¿Podría delinear cuáles son los puntos críticos?

Hay dos cosas que debemos recordar. Estados Unidos tiene una Constitución muy vieja que ha sido muy exitosa en muchos sentidos, pero que fue escrita en una era predemocrática, en una época en que los grandes gobiernos de Occidente eran todos monarquías. La democracia no existía. Una era tan diferente que las élites más progresistas no podían ni siquiera contemplar un mundo en el que todos los ciudadanos tuvieran el derecho a votar. Sin duda, en 1789, cuando entró en vigencia la Constitución de este país, era de lejos la carta magna más democrática del mundo. Pero para los estándares de hoy no es muy progresista ni democrática. Creó los colegios electorales que eligen al presidente de manera indirecta, y dio a los estados igual representación en el Congreso, sin

importar el número de su población, por lo cual se representa el territorio más que a la gente. Estados como Wyoming, con menos de 600.000 habitantes, tienen la representación de California, que tiene más de cincuenta veces esa cifra. Esa forma de representación es un buen ejemplo de lo que en el libro llamamos instituciones contramayoritarias, instituciones que ayudan a minorías a forjar mayorías. Estados Unidos ha hecho algunas reformas, pero todavía no hay un derecho constitucional al voto y es el único país del mundo donde el perdedor del voto popular puede ganar la presidencia. Tenemos uno de los congresos menos proporcionales del mundo, salvo por los casos de Brasil y Argentina, y somos uno de los pocos países donde los jueces de la Corte Suprema tienen puestos vitalicios. Por eso hoy somos la democracia más contramayoritaria del mundo. El Partido Republicano perdió el voto popular en 2016 y aun así ganó la presidencia. Ese mismo año perdió el voto popular para el Senado, pero ganó el Senado. De modo que tuvimos un gobierno de minoría en la presidencia y en el Senado. Ese presidente y ese Senado nombraron tres jueces en la Corte Suprema cambiando el balance de fuerzas dramáticamente hacia la derecha. Si la presidencia y el Senado de Estados Unidos se decidieran por el voto popular, el balance de la Corte Suprema sería hoy de seis liberales contra tres conservadores, además de que la presidencia y el Senado habrían estado en manos de demócratas. Así de desequilibrado está nuestro sistema político hoy.

Hay una fuerte corriente de opinión pública liberal que teme que Trump pueda ganar la nominación del Partido Republicano y la presidencia.

Es muy probable que Trump gane la nominación y tiene bastantes posibilidades de ganar la presidencia. Trump no es muy popular pero

tiene dos grandes ventajas: la primera es el sistema de colegios electorales. Aunque él no ganó el voto popular en 2016, obtuvo la victoria de los colegios electorales. Y es posible que eso se repita en 2024. Podría sacar una ventaja de dos o cuatro puntos en los colegios electorales, lo que significa que Biden tendría que ganar por cuatro puntos o más para vencerlo. La otra ventaja, una a la que se le ha prestado poca atención, es que el nivel de descontento de los votantes con el *establishment* político es extraordinariamente alto en Estados Unidos y en casi todas las democracias occidentales. Esa dinámica ayudó a Biden en 2020, pero ahora ayudará a Trump. En el mejor de los casos, las elecciones de 2024 serán una moneda al aire.

Si tuviera enfrente a Biden y pudiera darle tres consejos, ¿cuáles serían, tomando en cuenta sus tres mayores problemas: su edad, ser el candidato oficialista y tener que enfrentarse a Trump?

Biden es un muy buen político y, aunque muchos no estén de acuerdo conmigo, creo que ha hecho bien la mayoría de sus deberes como presidente. Él no causó la guerra en Israel ni la pandemia y sus tremendas consecuencias. Ha manejado la guerra en Ucrania bien. La economía de Estados Unidos es más fuerte que las economías europeas. Ha logrado que se apruebe un gran número de legislaciones cuando nadie creía que fuera posible. Nos enfocamos demasiado en la baja popularidad de Biden, pero no se presta atención a que es más popular que Trudeau en Canadá, Macron en Francia y que el primer ministro británico y el canciller alemán. Merece mucho más crédito del que recibe, en parte porque ha afrontado una situación increíblemente difícil. Pero me parece que Biden debió anunciar temprano que sería presidente solo durante un mandato. Eso habría permitido un proceso abierto de competencia entre los demócratas, quienes

podrían probablemente haber elegido a un candidato más joven y menos asociado con el oficialismo, con más posibilidades de derrotar a Trump. Y ahora es muy tarde.

Aparte de ese consejo *ex post*, tengo otros dos. Primero: construir una alianza muy amplia contra Trump que reúna gente tan diversa como Alexandria Ocasio-Cortez y Liz Cheney, con los republicanos de Bush y líderes empresariales del centro-derecha y figuras religiosas conservadoras. Esa coalición tiene que aparecer en la misma tarima y en la misma pantalla de televisión, unos junto a otros, para hacer ver a los estadounidenses que estas no son unas elecciones normales de rojos contra azules, elefantes contra burros. Biden también debería empezar a discutir la agenda de reformas democráticas a las que me he referido. Necesita votantes más jóvenes. Apostar por una coalición amplia y promover reformas que hagan más fácil votar y permitan gobernar a las mayorías, junto con legislaciones para el control de armas, el cambio climático y el derecho al aborto, temas que son sistemáticamente bloqueados por los republicanos, ayudarían a Biden a obtener el respaldo de la gente joven.

Quisiera enfocar esta segunda parte de la entrevista en América Latina. Dispararé el nombre de un país o líder para que responda con lo primero que cruce por su mente. Puede ser solo una palabra o frase o un argumento desarrollado. Perú.

Estoy en Lima en este momento. Perú es muy deprimente. El país está inventando un nuevo tipo de colapso democrático, uno que no tiene protagonistas. Esto es algo sobre lo que Alberto Vergara y Rodrigo Barrenechea han escrito en un reciente artículo en el *Journal of Democracy*: un país donde los partidos murieron y los políticos también. Aquí, los políticos, como especie, se extinguieron. Perú es gobernado por un puñado de *amateurs* que no saben cómo hacer

política y que solo están tratando de ganar algún dinero o mantenerse fuera de la cárcel. Las consecuencias son patéticas. No está claro cómo saldrá el país de esto. No sé de otro lugar donde la élite gobernante tenga menos legitimidad: un Congreso con una aprobación del 5% y una presidenta con el 8%. Y no les importa, a pesar de que más del 90% del país los rechaza.

Vamos a un país con una clase política que aún existe, pese a un pésimo manejo de la economía. Me refiero a Argentina.

En Argentina estamos viendo a una especie de Menem con esteroides: Javier Milei. Hay dos antecedentes con los que puedes comparar este momento. Uno, desafortunadamente, es 1976. El otro es 1989. En esos dos periodos, la economía era un desastre. Entre las élites y la clase media había la percepción de que era necesario cambiar de manera radical y que el país estaba sucumbiendo al estatismo y la protesta social. En el 76 una dictadura terrible trató de reformar Argentina. En el 89 fue un político peronista quien llevó adelante reformas agresivas de una manera mucho más democrática. Milei y su gente suenan mucho como aquellos que apoyaron el golpe del 76 y las reformas de Menem. No sabemos cuán democrático será el actual proceso de reformas. Hasta ahora los instintos de Milei parecen más autoritarios que pragmáticos, aunque es un gobierno democrático y no se le puede comparar con la junta de Videla. Pero su grupo, al igual que Videla y un poco como Menem, quiere reformar el sistema político, el Estado, la economía de Argentina a través de un solo megadecreto, lo que me parece imposible. Lo interesante es que esta no es la primera vez. Menem retrocedió en algunos de sus planes de reforma. Ya sabemos qué pasó con la dictadura. Milei no es el hábil y experimentado político que era Menem. La sociedad

resistirá sus reformas. Veremos si reacciona negociando pragmáticamente, como lo hacen los políticos democráticos. O si reacciona tratando de ser el Bukele argentino, lo que lo meterá en problemas.

Bukele es uno de esos presidentes, como AMLO, que tienen una conexión fuerte con sus seguidores basada en la creencia de que el líder los representa.

López Obrador y Bukele han demostrado que darle algunos golpes a la vieja élite genera un buen nivel de apoyo. Pero con eso no se come. No puedes comer populismo. Con el tiempo, líderes como ellos deben demostrar que pueden solucionar problemas y crear mejores condiciones. Es muy fácil que un populista sea electo. ¿Quién no odia a los partidos políticos? Más difícil es gobernar como populista. Algunos son políticos muy talentosos y saben manejar el disgusto de la gente con el *statu quo*, como AMLO. Otros son capaces de materializar milagros. Fujimori hizo dos —acabar con la inflación y con Sendero Luminoso—. Bukele ha hecho el milagro de controlar a las maras. Eso te puede dar una década en el gobierno. Pero esos son casos raros. Los latinoamericanos saben que la mayoría de los autócratas no gobiernan bien. Por cada Pinochet hay diez Videlas y por cada Fujimori hay diez populistas fallidos. Una alternativa autoritaria puede parecer atractiva. Pero lo que debemos aprender, como lo han aprendido los venezolanos, es el costo del autoritarismo. Los autoritarios de izquierda no resuelven la pobreza y la desigualdad; los autoritarios de derecha no necesariamente liberalizan la economía o proveen mejor seguridad.

Gabriel Boric.

Hay una tendencia latinoamericana a votar por *outsiders* de centro, izquierda y derecha. Se trata de gente que viene de fuera de la élite política y son recién llegados a la política. El riesgo

es que estos líderes no tienen experiencia política, no conocen a fondo las normas democráticas ni tienen entendimiento de cómo se gobierna. El caso más extremo que hemos visto en años recientes es el de Pedro Castillo en Perú. Boric fue líder estudiantil y diputado, pero en general es bastante joven y nuevo en los términos que he mencionado. Según esos estándares, ha gobernado relativamente bien. Ha demostrado ser pragmático y capaz de aprender. Es un presidente que cree en las instituciones. Pero también ha pagado el precio de no tener un partido político ni un equipo experimentado a su lado y, por supuesto, también el precio de personificar el oficialismo, por ser el gobierno en un momento en que los latinoamericanos están hartos de sus gobiernos. Y en estos días uno se convierte en un “viejo político” demasiado rápido en América Latina. El camino desde ser un *outsider* recién llegado hasta formar parte de la casta o la oligarquía solía tomar dos o tres décadas. Hoy toma dos años. Boric ha sufrido esa aceleración de manera más patente que nadie.

Venezuela.

Venezuela desafía la ley de la gravedad en ciencias políticas. Una regularidad que muestran las ciencias políticas es que, cuando una dictadura tiene un desempeño pobre por largo tiempo, esa dictadura pierde el poder, sobre todo cuando se trata del desempeño económico. Y la dictadura chavista tiene uno de los peores desempeños económicos en la historia mundial y es una de las grandes tragedias de Occidente. Venezuela es un país invivible que ha expulsado a un tercio de su población. Aun así, el chavismo sigue en el poder. En los últimos veinte años he conversado con muchos venezolanos, entre ellos miembros de la oposición. La oposición ha intentado aplicar todas las estrategias que existen bajo las

estrellas y ha fallado. Pero enfrentar dictaduras es muy arduo y la oposición democrática debe seguir dando la batalla todos los días. No concuerdo en nada con María Corina Machado, pero ella es hoy la opositora más viable, más popular y más legítima y por eso la apoyo cien por ciento. Toda la clase política latinoamericana, incluyendo la izquierda democrática, debe apoyarla. A pesar de todos sus problemas, la oposición democrática venezolana ha sido increíblemente persistente y por eso merece nuestra solidaridad. Todavía está por verse si Estados Unidos usará el pequeño apalancamiento del que dispone para negociar con Venezuela.

¿Qué piensa de Andrés Manuel López Obrador y México?

AMLO es un populista muy exitoso. Hay áreas donde sus políticas han sido terribles, como su respuesta a la covid-19. No le interesa lo que sucede fuera de su país. Eso es una tremenda vergüenza para México. América Latina se beneficiaría de una participación más activa de AMLO. La economía mexicana es dinámica y poderosa. México es un gran actor económico y debería ser un gran actor diplomático. AMLO es una decepción en muchos sentidos, pero se las ha arreglado para mantener su legitimidad y les gusta a los mexicanos. Y no solo por ser un hábil demagogo, que lo es, sino por ser un político que ha aprendido a sostener su legitimidad, algo que mis buenos amigos en el PAN y el PRI perdieron por completo.

Supongo que lo dice a sabiendas de que persigue periodistas todos los días, acosa a sus críticos y mantiene contra las cuerdas a las instituciones que le hacen contrapeso al ejecutivo.

Puedes estar en desacuerdo conmigo, pero me parece que AMLO está más cerca de los Kirchner que de

Chávez. Grita, amenaza y asusta, no le gustan las instituciones independientes y las agencias autónomas, aborrece los contrapesos y la transparencia, pero nunca ha cruzado la raya hacia el autoritarismo: las elecciones son justas y libres.

Ha intentado cruzar la raya, pero la Corte de justicia lo ha frenado.

Los años recientes han sido terribles para los periodistas, pero básicamente por el crimen asociado al tráfico de drogas, no por el gobierno. AMLO no hace suficiente para protegerlos, los acosa y amenaza, pero no los encarcela. Tampoco a sus opositores. Las próximas elecciones serán libres y justas, él se irá del poder y México seguirá siendo una democracia. Eso es muy distinto a lo que ha pasado en Venezuela, Bolivia y Ecuador. Es posible que Morena gane, pero el próximo gobierno será más débil que este. Gracias a Dios por la no reelección en México, una institución muy fuerte. Con AMLO fuera del gobierno, la próxima presidenta será menos amenazante para la democracia.

¿Se ha preguntado si la democracia liberal fue un periodo histórico que está pasando para abrir paso hacia otra cosa que aún no sabemos definir pero que tiene muchos rasgos de autoritarismo?

La democracia está en crisis en todo el mundo y no sabemos exactamente por qué. En muchos países de Occidente la crisis tiene que ver con la migración y la diversidad, otro tanto tiene que ver con la creciente desigualdad en Occidente y con las redes sociales. La pandemia ha empeorado la cosa. Para mí un cambio principal, que es una paradoja, es que los países se están volviendo más democráticos en cierto sentido. Los distintos *establishments* políticos, las élites de los medios y de los grupos de interés, tenían muchísimo poder en todas las democracias del siglo xx. Un Trump, un Milei o

un Castillo habrían sido imposibles en los ochenta. En el siglo xxi, los líderes partidarios son mucho más débiles, es posible llegar al votante sin pasar por los medios tradicionales o necesitar fondos de los grupos de interés. Los políticos ya no tienen que pasar por el *establishment*, pueden ser abiertamente anti-*establishment* y ser elegidos. Quien quiera puede llegar a ser presidente de Estados Unidos o Perú, ya lo sabemos. Es una situación mucho más democrática que antes, pero mucho más volátil y peligrosa. Las elecciones peruanas de 2021 pueden haber sido las elecciones más democráticas en la historia del mundo. Un maestro provinciano sin partido ni dinero, sin experiencia ni muchos amigos, con toda la clase política, los medios y los empresarios de Lima en contra, ganó la presidencia. Sin embargo, el país cayó en crisis. Dado el debilitamiento del *establishment*, vamos a ver más Castillos, más Bolsonaros, más Bukeles y más Trumps en el futuro. Si estamos ante el fin de la democracia o de un cambio en su naturaleza, no lo sé. Probablemente tendremos que reinventar la democracia con cambios formales e informales que serán fruto de la innovación y la experimentación y surgirán desde abajo y no solo desde arriba. Desde esa óptica optimista, estamos yendo a un proceso de reforma democrática y no de colapso democrático, porque imponer autocracias en países con tanta sociedad civil y un grado alto de desarrollo como el de los países occidentales, incluidos muchos latinoamericanos, es muy difícil. ~

Una versión más extensa de esta entrevista podrá leerse en letraslibres.com.

BORIS MUÑOZ es cronista y editor. Fue fundador y director de opinión de *The New York Times en Español* y es columnista de *El País*.